

Volumen II

Junio 8 de 1898

Núm. XXII

REVISTA DE QUITO

SEMENARIO DE POLITICA,
LITERATURA, NOTICIAS Y VARIADAES

DIRECTOR:

MANUEL J. CALLE

CONTENIDO:

I—El Antisana.—II—El Casus belli del Clero Azua-
yo.—III—A la juventud republicana.—IV—Lima.—
V—Recuerdos de la guerra civil.—VI—Verdadero Evan-
gelio del Pueblo.—VII—Pequeñas narraciones.—VIII—
La Semana.

QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"

1898

“REVISTA DE QUITO”

Este periódico se publicará semanalmente en folletos de 32 á 40 páginas cada uno.

Se canjea con los periódicos nacionales y revistas extranjeras.

No admite más colaboración que la que solicite.

No se atenderá ningún pedido si no se adelanta el valor respectivo.

Recibe avisos en la carátula á precios convencionales.

SUSCRIPCION

Por un mes.....	\$ 1...
Número suelto.....	„ .30

Para todo lo relativo á colaboración y correspondencia, dirigirse á

Manuel J. Calle

QUITO—(ECUADOR)

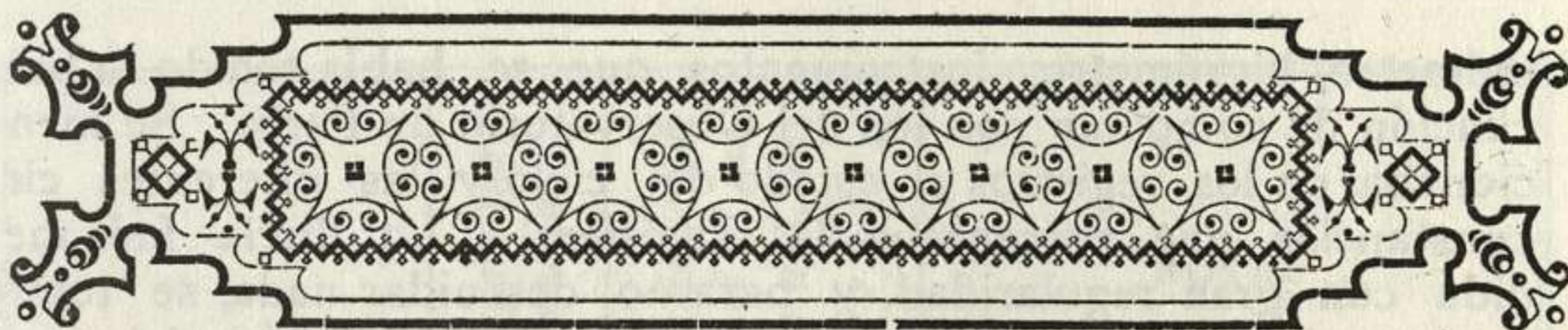
Casilla del Correo N° 68

Centros de suscripción y venta en Quito

En esta Imprenta.—Establecimientos de los Sres. Ramón F. Moya y José C. Borbúa.

ADMINISTRADOR

SR. D. RAMÓN A. CARRILLO.



REVISTA DE QUITO

~~~~~

Volúmen II—Quito, 8 de Junio de 1898—Núm. XXII

~~~~~

EL ANTISANA

Y LAS OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS

PRACTICADAS POR EL SR. CARLOS AGUIRRE MONTUFAR

(Estudio científico por Augusto N. Martínez)

—

Después de haberse instalado en el Antisana en Diciembre de 1845, con dos ayudantes inteligentes y abnegados, el Sr. Aguirre, observó sin interrupción hasta Diciembre de 1846. Cada día, desde la salida del sol hasta bien entrada la noche, algunas veces durante toda esta, se apuntaba de hora en hora, el barómetro, ter-

mómetro, higrómetro, instrumentos que se había tenido la precaución de comparar con los del Observatorio de París. Se mencionaba en los registros el estado del cielo y las diferentes circunstancias que presentaba la atmósfera. La lluvia fué medida con gran regularidad, y para no descuidar nada, se tomó, en las veinte y cuatro horas, el punto de ebullición del agua y la temperatura del arroyo, que, sin agotarse jamás, corre delante de la casa. En fin, el Sr. Aguirre, colocó instrumentos en Quito, á fin de obtener un cierto número de observaciones correspondientes.

La temperatura media de la hacienda Antisana, según una primera apreciación, debe aproximarse á $4^{\circ} 9$ R & S $5^{\circ} 1$. Como esto sucede en las regiones menos elevadas de los trópicos, el instante más caluroso del día tuvo lugar generalmente entre 2 y 3 p. m. sin embargo el máximum se manifestó:

18	veces	al	medio	día
28	"	á	la	1 p. m.
37	"	á	las	4 p. m.
15	"	á	las	5 p. m.

El 27 de Junio por la mañana el termómetro bajó á $- 6^{\circ} 2$: es el mayor frío que se haya comprobado en el año de 1846. El 11 de Diciembre fué el más caluroso; á las 3 p. m. se notó 11 grados.

En el Antisana, las temperaturas medias de los meses han presentado diferencias más pronunciadas que las que se reconocieron en las planicies de Bogotá y Quito; diferencias que no se podrá atribuir á las posiciones que el sol ocupa en la eclíptica. Se convencerá de esto consultando el cuadro en el que se ha puesto conjuntamente al lado de la temperatura media, la declinación del Sol, correspondiente al 15 de cada mes. Apenas si es menester recordar, que á consecuencia de la posición geográfica del Observatorio, esta declinación expresa, cerca de un medio grado de distancia al cenit.

	<i>Temperatura media</i>	<i>Declinación del sol al me- dio día, el 15 (*)</i>	NOTAS
Diciembre 1845	6°44	23° Sur	20 días de observaciones
Enero 1846	6°17	21	"
Febrero	5.06	13	"
Marzo	5.55	2	"
Abril	5.89	9 Norte	"
Mayo	5.51	18	"
Junio	4.49	23	"
Julio	2.95	21½	"
Agosto	3.00	14	"
Setiembre	4.04	3	"
Octubre	5.01	8½ Sur	"
Noviembre	5.53	18½	"
Diciembre	5.14	23	19 días de observaciones

(*) No se ha verificado corrección para la longitud.

Bajo todas las latitudes, la temperatura de las capas de aire decrece con la altura; en el Ecuador, las nieves perpetuas que soportan las montañas, cuya cima pasa de 4800 metros de elevación, son la prueba y en cierto modo la medida de la rapidez del enfriamiento de la atmósfera en la vertical. Sobre los Alpes, en estío, Saussure encontró que era menester subir 165 metros para ver bajar el termómetro 1 grado; las observaciones hechas simultáneamente en Ginebra y en el hospicio de San Bernardo, dan en término medio, 173 metros; resultado poco diferente de los que se ha obtenido sea en la América Setentrional, sea en la cadena de los Andes comprendida entre los trópicos, en donde, según de Humboldt, una disminución de un grado de temperatura, corresponde á un aumento de 187 metros en altura.

Las observaciones correspondientes ejecutadas á la vez en Quito y en el Antisana por los cuidados del Sr. Aguirre, permitirán indagar, para una diferencia de nivel de 1160 metros, el decrecimiento de calor en la atmósfera. Comparando un solo día en cada mes, al levantarse el sol y al mediodía, los termómetros

de las dos estaciones, se tienen para el descenso de temperatura de 1°, una altura de:

133^m 5 por las observaciones de la mañana.

125 . 2 por las observaciones del mediodía.

128 . 4 en término medio;

lo que demostrará el siguiente cuadro:

Fechas	Temperatura á las 6 h. de la mañana		Diferencias	Diferencia de nivel para 1 gr. de temperatura	Temperatura á mediodía		Diferencias	Diferencia de nivel para 1 gr. de temperatura
	Anti-sana	Quito			Anti-sana	Quito		
Enero, el 15	- 2°5	+ 7°7	10°2	113m 7	+ 7°0	+16°8	+ 9.8	118m 4
Febrero, el 14	+ 2.2	10.0	7.8	148 . 7	6.7	15°5	8.8	131 . 8
Marzo, el 10	+ 2.5	7.5	5.0	232 . 0	5.5	14.8	9.3	124 . 7
Abril, el 11	- 0.7	11.1	11.8	93 . 3	5.5	14.5	9.0	128 . 9
Mayo, el 12	+ 1.9	11.2	9.3	124 . 7	6.2	14.2	8.0	145 . 0
Junio, el 6	+ 0.4	9.7	9.3	124 . 7	5.6	16.1	10.5	110 . 5
Julio, el 20	- 2.8	8.6	11.4	101 . 9	3.1	14.6	11.5	100 . 9
Agosto, el 20	- 1.8	6.9	8.7	134 . 5	3.0	14.7	11.7	99 . 1
Setiembre, el 3	- 4.0	8.1	12.1	95 . 9	4.9	16.5	11.6	100 . 0
Octubre, el 7	+ 1.5	10.6	9.1	127 . 4	4.7	14.2	9.5	122 . 1
Noviembre, el 23	- 2.6	7.4	10.0	116 . 0	7.0	14.3	7.3	158 . 9
Diciembre, el 1°	+ 1.0	10.2	9.2	124 . 6	6.3	14.6	8.3	139 . 7
Id. el 4	- 2.6	3.4	6.0	193 . 3	5.4	13.2	7.8	148 . 7
Media.....				133 . 5	Media			125 . 2

En las montañas, cuando se sigue durante varios meses la marcha del higrómetro, se tiene á veces ocasión de comprobar una sequedad considerable. Se ha notado, en el curso de un año, señalar al higrómetro de cabello, durante algunas horas, 40 grados en la planicie de Bogotá; pero esta gran sequedad del aire dependía ciertamente de la reunión de varias circunstancias accidentales. El mismo instrumento, llevado al Chimborazo, á cerca de 6000 metros de altura indicaba 94 grados; es que en ese entonces funcionaba sobre rocas en las que se deslizaba el agua proveniente del deshielo. Se concibe, en efecto, que el aire poco agitado tomará, en donde esté en contacto con superficies húmedas, la cantidad de vapor correspondiente á la temperatura; así, en el Antisana, en donde el suelo está fertilizado por aguas abundantes, el higrómetro de Saussure, cuya graduación se había corregido, se mantuvo lo más frecuentemente muy cerca de la humedad extrema; y no fué sino rarísima vez que se le vió descender á 74°.

Un pluviómetro colocado á un metro sobre el suelo y á una distancia conveniente de la habitación, permitió medir con exacti-

tud la cantidad de agua caída en el Antisana, en el estado de lluvia, nieve, graniño y escarcha. Las observaciones fueron registradas durante todo el año; pero aunque el Sr. Aguirre haya tenido la atención de enviar á la Academia, cada tres meses y por triplicado, una copia de sus registros, el último trimestre no llegó á su destino. Los nueve meses de observación que poseemos bastan sin embargo para demostrar que en el Antisana llueve mucho más de lo que se habría podido suponer según la altura y temperatura de la estación.

En efecto, algunos resultados obtenidos en las Cordilleras intertropicales permitían presumir que la lluvia anual disminuía á medida que aumentaba la elevación. Así, en el nivel del mar hay localidades, en donde caen por año, 200 á 300 centímetros de agua. A 1426 metros de elevación, en las minas de oro de Marmato, se ha recogido de 154 á 171 centímetros; en Bogotá, á la altura de 2640 metros, Caldas medía habitualmente 100 centímetros. En el Antisana, situado á una mayor altura, pero, en verdad, en una región en que las nubes casi son permanentes, parece, según los resultados del Sr. Aguirre que llueve mucho más que en Bogotá, puesto que en nueve meses sólo, se ha medido 182 centímetros de agua repartidos como sigue:

<i>Meses</i>	<i>Lluvia en centímetros</i>
Diciembre de 1845	7.5 veinte días de observaciones.
Enero de 1846	14.1
Febrero	9.7
Marzo	12.7
Abril	20.9
Mayo	23.2
Junio	27.2
Julio	27.8
Agosto	39.2
	182.3

El extracto que hemos verificado de los registros del Sr. Aguirre, muestra que los diferentes meteoros han tenido lugar en el curso del año del modo siguiente:

Niebla	119 días
Lluvia	172
Nieve	44
Graniño	6
Escarcha	11
Tronidos	26

Es un hecho bien establecido, que en las regiones equinoxiales, los movimientos diurnos del barómetro son extremadamente regulares. La columna de mercurio tiene generalmente su máximo de altura entre las 8 y 10 de la mañana, disminuye en seguida gradualmente, para llegar á su mínimo entre las 3 y 5 de la tarde; sube entonces hasta las 11 de la noche, pero sin alcanzar la altura de las nueve; en fin, la columna vuelve á descender hacia las 4 de la mañana, sin llegar á un punto tan bajo, como el que tenía la víspera á las 4 de la tarde. (1)

La amplitud de la variación barométrica, es decir la diferencia entre las alturas del mercurio, en las horas de máxima y las de mínima, no es la misma en todas partes; y los datos todavía imperfectos que tenemos sobre el fenómeno que nos ocupa, no autorizan suficientemente para creer que esta amplitud, es siempre menor á mayor elevación, que en el nivel del mar.

Comparando, por ejemplo, los números recogidos por los viajeros, se ve que, cerca del Ecuador, la variación horaria, en planicies muy elevadas, no difiere sensiblemente de la variación observada en ciertos puntos de las costas. En Quito, en Bogotá, es de 2^{mm}, 3; á orillas del mar, se ha encontrado de 2^{mm}, 35 á 2^{mm}, 44. El oficial inglés, subteniente Goster, vió durante su permanencia de tres semanas en San Fernando de Noronha, á 4° latitud Sur, la variación horaria reducida á 1^{mm}, 96. La mayor amplitud que se haya comprobado, en el litoral ecuatorial, es la obtenida por M. Wisse en Guayaquil en cuatro meses de observación, llegando á 3^{mm}, 74.

Obligados á encerrarnos en ciertos límites, nos contentaremos llamando la atención, sobre un resultado muy notable obtenido por el Sr. Aguirre en sus observaciones. Mientras que en Quito, como acabamos de ver, las variaciones diurnas del barómetro, importan 2^{mm}, 3, baja repentinamente en el Antisana, es decir, en un punto más elevado sólo de 1160 metros á 0^{mm}, 52. ¿Sería posible que descienda tan bruscamente en una región todavía más alta? He aquí una cuestión que se resolverá si se lleva á cabo nuestro proyecto. La creación de un Observatorio, el Observatorio Humboldt en la cima del Guagua Pichincha, ó sea á 4787 metros sobre el nivel del mar.

AUGUSTO N. MARTÍNEZ.

(1) En la serie barográfica de tres años que posee este Observatorio, me he convencido que casi en todo el año, el *gran maximum* barométrico, se verifica de 10 y ½ á 11 ½ de la noche, y muy rara vez por la mañana,

EL CASUS BELLI
DEL
CLERO AZUAYO

LOS DERECHOS PARROQUIALES

No poseáis oro ni plata, ni alforja para el camino, ni dos túnicas.....

Lo que graciosamente habéis recibido, dadlo gratuitamente: he ahí la doctrina santa y verdadera. Vender al Espíritu Santo, vender la Gracia Divina, vender el Cielo, pecado de Simón Mago y de sus secuaces. Y la simonía cáncer de la Iglesia, desde su segunda edad, ha sido objeto del anatema de todos los Pontífices justos, de todos los Padres, de todos los Concilios, de todos los Príncipes verdaderamente cristianos. Ya San Gerónimo se lamentaba de que la ambición del clero hubiese hecho necesaria la ley de Valentiniano, por la cual se prohibía á los sacerdotes aceptar dones de las personas cuyas conciencias dirigían: “No me quejo de la ley que humilla al sacerdocio, forzándolo al desinterés evangélico — decía; — pero me duele mucho de que haya quien la merezca; y de que sea indispensable obligarnos, como á pesar nuestro, á reunir más bien tesoros para el cielo que para esta vida perecedera!.....”

Después de Valentiniano I, León I promulgó otra ley, prohibiendo la Simonía con penas severísimas, para hacer cumplir — decía — el Canon 2º de Calcedonia. En tiempo de Justiniano el mal había llegado á tal extremo, que hubo necesidad de las penas señaladas en la *Sexta Novela*, para ver si se podía extirparlo. Gregorio VII, Urbano III, Gregorio VIII, Clemente III, Inocencio III y otros pontífices, se esforzaron en vano para oponerse al devastador torrente; porque la venta de la gracia había llegado á ser tal, que Federico Barbarroja, en un Manifiesto, decía: “Roma que debe ser la residencia de la virtud, se ha transformado en caverna de ladrones”.

Todo se vendía, como entre nosotros: reliquias, perdón de los pecados, milagros, privilegios, sepultura, bendición nupcial, el crisma, la imposición de las manos, todo; y el Clero — que no debía poseer oro ni plata, ni sandalias, ni dos túnicas — nadaba en el

fausto y la opulencia, así, de la misma manera que vosotros. La Iglesia y los Soberanos temporales no se dieron por vencidos, y reprimieron el escándalo con mano de hierro: el Concilio de Autum prohibió los *derechos de sepultura*: el de Londres condenó á los sacerdotes que pretendían remuneración por administrar el matrimonio y el bautismo y los demás sacramentos: Calisto II hizo que el Concilio de Reims prohibiera todo estipendio por los sacramentos: el Concilio XI Ecu­ménico, III de Letrán, vedó percibir cosa alguna por la sepultura, el matrimonio, etc., *sin que se pueda alegar el uso en contrario*: y hasta el Concilio de Lima renovó las prohibiciones anteriores. No es, pues, lícito imponerles contribuciones al pesar de la viuda, á las lágrimas del huérfano, para enterrar el cadáver del jefe de esa desolada familia: no es lícito recibir estipendio por la bendición á los desposados, derecho inmoral originado de ese rescate inmundo que el feudalismo exigía al esposo por las primicias de la mujer: no es lícito aceptar esos dones de las *hijas de confesión*, que más son tentaciones vivientes de los confesores: no es lícito recibir paga por *orar* por los muertos, y por bendecir las sepulturas: no es lícito, en una palabra, lo que hacéis vosotros, sagrados extractores del sudor del pobre. Si la Sede Romana permitió que los sacerdotes del tiempo de la Conquista de América, percibieran esos derechos, fué por las circunstancias excepcionales de ese entonces; pero la época de la Conquista pasó, y es tiempo de que rija ya el derecho común; es tiempo de que se observe la prohibición canónica declarada por los concilios de Autum, Reims, Londres, de Letrán y Lima.

Y tanto más urgente es la observancia de esos cánones, cuanto que os vais disparados por el camino del abuso, sin respetar las quejas del pueblo ni los gritos de vuestra propia conciencia. Poned, oh curas! la mano sobre el corazón y decidnos: ¿No es cierto que muchos, muchísimos de vosotros sois verdaderos vampiros de los fieles? Reparad sino en lo que pasa todos los días: muere el proletario en la miseria: ahí está el cadáver arrojado en tierra, sin una mortaja, sin un mal cirio, rodeado de los llorosos hijos, de la desamparada viuda: no hay pan, no hay lumbre, no hay abrigo, no hay consuelo, en ese antro de la indigencia y del pesar. ¿Os conmueve ese cuadro desgarrador, á vosotros, discípulos del amantísimo Jesús? Nada: vuestro pecho está calcinado por la avaricia, vuestros ojos secos por la ambición, vuestras manos crispadas por la codicia: ni llanto, ni dolor, ni compasión, se anidan en el alma del cura degenerado. Pasa por sobre el difunto, ultraja á los llorosos deudos, y les arrebatá el único bocado con que el huérfano debía calmar el hambre, y se lo apropia á título de *derechos de muerto*! Y cuando no es el mueble, el buey, el caballo, viene el *hijo* del muerto en pago de sus derechos inhumanos: el cura es de

roca, no lo conmoviera ni la vara de Moisés. ¿No es esto por desgracia demasiado cierto?

Un cura Idrovo contrató los derechos de muerto con un moribundo y se llevó un par de bueyes; pero el enfermo sanó, y, como era justo, reclamó sus bueyes.—El trato es trato, le contestó el cura:—no le enterraré, pero funerales de cuerpo presente los tendrá Ud..... —Pero Señor..... —Nada: no hay peros ni peras: venga Ud. y tiéndase en el catafalco..... Y dicho y hecho, el pobre labriego del Sígsig tuvo la fortuna de presenciar sus propios funerales, á lo Carlos V, y merced á sus bueyes..... Un cura Piedra Baca, un Celleri, un Rosales, un..... no acabaríamos, si nos propusiéramos referir hechos escandalosos del mismo jaez y laya.

¿Y los derechos de matrimonio? ¡Oh, eso es horrible! Y llévense quejas al Prelado!..... Los superiores *por evitar el escándalo*, cierran los oídos al clamor público, y la más completa impunidad garantiza la crueldad y barbarie de esos tiranuelos de parroquia que llamamos curas! ¿No es cierto, Sr. Palacios Correa?...

Y cuando Obispos evangélicos, como el Ilmo. Sr. Dr. Miguel León, ponen la mano en la llaga y quieren curar las úlceras pestilentes del clero, vienen las conspiraciones infames, viene la traición maquiavélica, la guerra sorda contra el Pontífice Santo, la calumnia, la intriga, y hasta el veneno. Así muere el justo Checa, así es suspendido el irreprochable León; y el clero díscolo y sedicioso bate palmas, y se mofa de la disciplina y de la moral. Y nunca falta un Palacios Correa, especie de maniquí inconsciente, que les cuadre; y..... corremos sin detenernos al abismo de la anarquía religiosa.....

He aquí la razón porque habéis proclamado la *guerra santa* contra el Gobierno liberal: la Convención intentó apenas suprimir esos derechos parroquiales, prohibidos ya por el Derecho Canónico, y ahí fue el gritar de los eclesiásticos, quienes, según Erasmo, nunca perdonan el ataque á su vientre sacerdotal. ¡Guerra por haber pensado en cortar abusos que avergüenzan á la Iglesia! Oh, es necesario convenir en que sois pecadores empedernidos, sin esperanza de conversión alguna!

“Sepan los sacerdotes — dicen los Padres del Concilio de Nantes — que los diezmos y las ofrendas son el patrimonio de los pobres, y que no son dados á ellos sino en depósito para dar cuenta”..... El Concilio de Salisbury ordena que los diezmos y las primicias se distribuyan entre el Obispo, el Clero, los pobres y la fábrica..... Luego, no sois los *dueños absolutos* de las primicias y los diezmos: los pobres tienen una parte en esas rentas, y el Poder Público, bien ha podido obligaros á restituir á los menesterosos lo que les defraudabais. Pero, ni siquiera esto ha querido ha-

cer el Gobierno de Alfaro: háse contentado con declarar que la *obligación religiosa* de pagar primicias no produce *acción civil*. Y nada más justo y razonable que esto: ¿cómo queréis que se *apremie* á un cristiano en pleno siglo de la razón para que observe los cinco mandamientos de la Iglesia? A quién de vosotros se le ha ocurrido jamás el *demandar* judicialmente para que un fiel católico confiese y comulgue por pascua florida ó ayune los viernes de cuaresma? Pues, tan absurdo sería esto, como el demandar por las primicias: sólo que lo primero no lo habéis hecho hasta hoy, porque no os debía producir dinero. Por nuestra parte, sólo conocemos una ley de Arnulfo, otra de Justiniano y una Capítular de Carlo-Magno, que señalaban medidas coercitivas para la observancia de los Mandamientos; pero esas leyes bárbaras pasaron con la barbarie: hoy los deberes religiosos se cumplen voluntariamente, no por apremio. ¿De qué os quejáis, pues, sacerdotes cristianos?

En cuanto á los diezmos, Alfaro ha declarado que el Gobierno, estando obligado á llenar el déficit del Presupuesto eclesiástico, pagará por los indios, esa raza desventurada, víctima de blancos y negros, de legos y sacerdotes. ¿De qué os quejáis?

Y estas medidas han sido exigidas por vuestra codicia: los *primicieros*; ah, los *primicieros*, que casi siempre han sido los *parientes* de los curas, han sido el azote de los agricultores, los ladrones más temibles para los habitantes del campo. El cura ha lanzado sus esbirros; y estos han entrado á saco las poblaciones, sin respetar ley ni fuero alguno, pasando por sobre la moral y la razón, atropellándolo todo en nombre del Pastor de la parroquia. No esquilmabais las ovejas, sino que las degollabais, las despedazabais, las triturabais hasta los huesos. Si San Gerónimo pudiera dejarse oír de los perversos, os repetiría hoy, como en el tiempo de Valentiniano: "*No me quejo de la ley que humilla al clero; pero sí me duele que los mismos sacerdotes la hayan hecho necesaria.*"

(Continuará).



A LA JUVENTUD REPUBLICANA

Qué triste ha sido tu destino Muda
bajo el poder que la maldad prohija,
de toda mancha criminal desnuda,
y sin que un soplo bienhechor sacuda
la tiniebla polar que te cobija,
vas pasando Aturdida, anonadada,
entre el tumulto vil de los histriones,
te arrancaron la veste immaculada
para arrojarla al fango hecha girones.

Por eso vas rodando hacia el abismo
de la perpetua sumisión, y apenas
escuchas el fragor del cataclismo,
mientras la indignación en tu organismo
alborota la sangre de tus venas!

¡Cómo puedes llevar la frente erguida,
sin una sombra de baldón siquiera,
si hoy se premia á toda alma envilecida
que llega á penetrar en la guarida
tenebrosa del crimen que hoy impera!

¡Cómo ante aquel que tu vigor quebranta
puedes alzar tu acento al infinito,
cuando hay manos que oprimen tu garganta
para extinguir el formidable grito
de honda inquietud que tu dolor levanta!

Pero no eres culpable. Cuando todo
lo noble se desquicia y se degrada
para hundirse en la infamia y en el lodo,
cuando el yugo te dobla ¿de qué modo
se alza del suelo la cerviz hollada?

Tú has vivido muriendo; tú has vivido
sin sacudir el ala vibradora;
tu voz, cuando has hablado, sólo ha sido,
al brotar de tus labios, un gemido,
una queja sin fin desgarradora!

Tú, siempre valerosa y expresiva,
odias la encrucijada y el atajo
y lanzas frente á frente tu saliva
á los ineptos déspotas de arriba
y á los espiones míseros de abajo.

Ahogada en la noche más oscura,
en la noche fatal del despotismo,
al devorar á solas tu amargura,
amas los esplendores de la altura
y aborreces las sombras del abismo.

Eres noble y no cedes al halago
pérfido y criminal del poderoso
que siembra en todas partes el estrago,
no tiemblas obediente ante el amago
del que turbar pretende tu reposo.

Ay! las generaciones venideras
nada sabrán de tí; porque, abatida
soñando con hermosas primaveras,
muriendo estas, en manos traicioneras,
en pleno invierno al comenzar la vida.

Pero no! Ten valor! Cuando el oscuro
poder que te desprecia haya rodado,
gritarás con acento bronco y duro:
“¡Entonemos el himno del futuro
de pie sobre las ruinas del pasado!”

JULIO FLÓREZ.

(Colombiano)

Bogotá — 1896.



LIMA

SUS MONUMENTOS Y ALGUNAS DE SUS COSTUMBRES

Apuntes recogidos en 1886 por Felicísimo LOPEZ

XVIII

TEATROS

La humanidad, esencialmente sociable, ha necesitado en todo tiempo de lugares apropiados, como las plazas, los circos, los coliseos, los templos, los teatros, etc., para reunir grandes colectividades, en donde se hace el comercio mutuo de las sensaciones, de las ideas y de los sentimientos, que depuran las costumbres y estrechan las relaciones de los hombres.

Si antes era preciso atraer á éstos por medio de espectáculos que les hablaran solamente á los sentidos, hoy los trabajos de la inteligencia seducen con más fuerza á los que han educado el gusto por las ciencias y las artes. De allí que en lo moderno no haya ciudad que no tenga un teatro ó aspire siquiera á tenerlo, como un lugar de agradable esparcimiento, á donde ir á pasar pocas horas de la noche, después del rudo trabajo del día. El mejor indicio de que la humanidad ha avanzado con rapidez en el camino de la civilización, es el gusto casi general por las representaciones teatrales. Sólo esos hombres que han levantado escuela para contrariar las nobles aspiraciones de la humanidad, á la que desean mantener en las sombras de la ignorancia y en la inmovilidad del marasmo moral, son enemigos del teatro, porque, ó no se han penetrado de su misión eminentemente moralizadora, ó porque, aún conociendo sus ventajas, tienen especial empeño en eludir la agradable cuanto eficaz censura que los autores dramáticos hacen de las malas costumbres. A tales hombres no hay más que repetirles con nuestro eminente Olmedo:

“Espejo de costumbres es la escena,
Quien la huye teme verse retratado,
Quien la inculpa á sí mismo se condena”.

Lima, la culta Lima, que desde muy temprano había educado su gusto por el teatro, siempre los ha tenido. En 1886, época á

que se refieren estos apuntes, ya las llamas habían devorado su teatro principal, y á la sazón no existían sino tres, que, por cierto, no correspondían al rango de esa ilustre capital. El *Politeama*, el *Olimpo* y el de *Variiedades* reunían en sus recintos á la escogida sociedad de Lima; pero de estos teatros los dos últimos eran pequeños y provisionales; no merecen por tanto mención especial.

El Politeama era el más grande, aunque mal construido. Parece que en su origen la construcción de este teatro obedeció más bien á las necesidades de un circo para espectáculos de equitación; por consiguiente sus constructores no consultaron las leyes de la acústica tan necesarias en edificios destinados para representaciones dramáticas y líricas. Con efecto, era de sentirse que los admirables gorgoritos de la Gabbi en "La Norma", que fué la ópera anunciada para la noche en que por primera vez conocí este teatro, no tuvieran toda la resonancia que un teatro bien construido les habría dado, perdiéndose así á la distancia las más delicadas inflexiones de esa dulce voz.

Para ser fiel al lector en la relación de mis apuntes, tengo que consignar aquí las variadas impresiones que sentí desde la puerta del Politeama.

Excusado es decir que si el sentido del oído se había regalado en esa noche, el de la vista tuvo su lleno, contemplando la proverbial hermosura del bello sexo de Lima. En cuanto al lujo basta agregar, que hubo señoras que brillaban como un sol con los deslumbradores reflejos del diamante, y dejaban tras de sí, junto con la admiración de los curiosos como yo, un reguero de las más delicadas esencias.

Pero aquí viene el infalible contraste de este mundo. Al aproximarme á la puerta bien alumbrada del Politeama, ya había encontrado en esa calle aquellos seres desgraciados que yacen entre lágrimas y sombras: hombres y mujeres colocados aquí y allá, cubiertos de repugnantes harapos, con las manos extendidas y murmurando con vergüenza algunas palabras confusas y de las cuales apenas alcancé a percibir: "por amor de Dios"

Entonces la organización social y el destino humano fueron dos temas que, al retirarme del teatro en altas horas de la noche, solicitaron con instancia mi reflexión, y algo afligido y taciturno avanzaba á mi posada. Grandes problemas sociales y filosóficos no bien resueltos todavía, acudieron á mi abatida mente, y me hicieron compañía por las silenciosas calles de Lima.

¿Por qué — me decía — mientras esos seres privilegiados acaban de salir del Politeama regalando todos los sentidos y haciendo ostentación de su lujo y su riqueza, se mueren de hambre esos mendigos, arrastrando juntamente en su desgracia á sus hijos y familias á la desesperación y la muerte? ¿Aquella triste mujer que

extiende su mano implorando una limosna y esa encantadora niña que en su físico y en sus galas revela completa dicha, se ha labrado cada cual su suerte con sus propias obras?; los vicios de la primera y las virtudes de la segunda en su presente existencia ¿son por ventura la causa verdadera de su situación respectiva? Y en caso de una respuesta negativa ¿cómo conciliar estos hechos con la Justicia Eterna? ¿no sería más racional y lógico buscar las causas de tales contrastes como consecuencias de una existencia anterior á la presente, y que explique satisfactoriamente las desigualdades sociales? ¿Por qué al oscuro menestral, al desgraciado obrero, que trabajan sin descanso diez ó doce horas al día no les alcanzan sus salarios, no digo para pagar un asiento en la *Cazuela* de un teatro, pero ni siquiera para alimentar á sus escuálidos hijos? ¿será justo, será equitativo que al que lleva todo el peso del trabajo en la producción de la riqueza social, se le remunere tan mal, que no le alcance para su manutención individual mucho menos para la de su familia?

Un rayo de luz atravesó mi cerebro en medio de las sombras de esa noche, y vino á aliviarme del peso de estas graves interrogaciones. El egoísmo y la mentira se disputan todavía el dominio del mundo,—me dije, y éste no podrá salir de su miserable condición mientras no tengan su debido cumplimiento estas dos consoladoras sentencias del Evangelio: “La *Verdad* os hará libres; la *Libertad* os hará felices”.

XIX

EL MATADERO

El ilustre Flammarión, con esa gracia que le es peculiar, dice por boca de un habitante de Marte: “que este planeta (la Tierra) se echó á perder desde el instante en que el primer molusco que apareció en él, sintió placer en conservar dentro de sí una gota de agua, de la que se formó el tubo digestivo”. Desde entonces quedó establecida la necesidad de comer; y cuando el hombre vino á la escena, bueno hubiera sido que se limitase á tomar las frutas de los árboles y la miel de los panales; pero ¡tener que matar para vivir . . . ! Ya lo dije al hablar de las plazas de mercado: esto de maniatar á un animal, y partirle el corazón, y beberle la sangre, y despedazarle las entrañas, y devorarle sus carnes, so pena de morir también al no hacerlo, es dura ley pero al fin ley.

Hoy, pues, no solamente se construyen edificios adecuados para el sacrificio de los animales en aras del estómago del hombre, sino también para evitar el sacrificio de éste en aras de los millones

de microbios que pululan en la sangre y los tegidos de los grandes mamíferos de que se alimenta. Hoy el hombre no puede impunemente devorar á sus congéneres del tercer reino, si no echa mano de la Higiene y de los laboratorios químicos, para no caer en esas trampas que los científicos han llamado: *duva hepática, triquina, pústula maligna, etc., etc.* Hay por consiguiente que organizar la matanza, y seguir las reglas del arte para construir los *Mataderos*.

El de Lima dista mucho todavía para llenar por completo esa necesidad, pues le falta mayor esmero en el aseo é inspección; pero tengo que confesar con rubor que es mejor que los que conozco en mi patria. Situado al oeste de la ciudad y fuera de élla, está dispuesto de la manera siguiente: A los lados de la ancha portada que abre el edificio, están á la derecha las oficinas de los empleados municipales y de policía; y á la izquierda un comfortable "restaurant" con salones de billar. Entrando al patio principal y á la derecha, hay un departamento con cubierta, provisto de gran número de argollas de fierro para atar los caballos y mulares de los traficantes en ganado; á la izquierda otro departamento destinado para depósito del material rodante del establecimiento. El centro está dividido en cuatro compartimientos para la matanza, todos muy espaciosos y bien pavimentados con piedras sillares y cimientito romano, provistos de cañerías y piletas de agua para el aseo; las columnas y basamentos del edificio son de fierro y sus cubiertas bien dispuestas. Los departamentos centrales tienen cada uno ocho argollas de fierro fuertemente clavadas en el pavimento, por las cuales pasan las betas con que están atadas las reses. Estas, en cuatro corrales adyacentes de cada lado, esperan la terrible hora del sacrificio. Presenciar el degüello de los animales es horrible espectáculo: á cierta hora del día, el empleado respectivo da la señal en una campana y antes de diez minutos han recibido la muerte más de 60 reses, de esta manera: llevadas á la argolla cuatro ó cinco reses, y provistos los matarifes de sendos y agudos chuzos, los clavan con feroz maestría en el bulbo raquídeo de cada animal, que cae al instante como herido por un rayo; entonces con cuchillos bien afilados dividen primero la piel del pecho y clavan en el corazón tremenda puñalada: un chorro de sangre corre por el pavimento á mezclarse con el agua de la cañería, y la función ha concluído.

Pocas horas después de haber recibido en el Matadero de Lima una impresión tan fuerte, capaz de quitar para siempre el apetito por la carne, saboreaba con delicia un pedazo de *churrasco* en el hotel Maury.

¡Qué mundo, lector, qué mundo en el que vivimos!!

(Continuará.)

RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL

POR

CARLOS ANDRADE.

I

El mes de Enero de 1895, tocaba á su fin. El escandaloso negociado del "Esmeralda" había conmovido á toda la gente honrada y digna de la República, impulsándola á conspirar. En Quito se fundaron sociedades revolucionarias, compuestas de personas de los partidos políticos enemigos del Gobierno de entonces, una vez que las protestas habladas y escritas, no conducían á ningún resultado práctico. Los jóvenes, más ardientes, generosos y abnegados, fueron los primeros en conspirar. "La Banca Tigre", muy conocida en las crónicas quiteñas de aquella época, formada en su mayor parte de jóvenes liberales, resolvió establecer un Club, ponerse de acuerdo con los demás de la Capital y las provincias, coleccionar dinero, comprar armas y municiones y salir á campaña, llegado el momento. El fuego de la insurrección había prendido en la costa: Enrique Valdez y Pedro Montero, al frente de un grupo de valientes, dieron el primer grito en Yaguachi, grito que resonó en el país haciendo palpitar de entusiasmo los corazones patriotas. Esta noticia influyó tanto en el ánimo de todos, que los jóvenes aceleraron la instalación de un Club. Verificada ésta, pusieronse al habla con las otras sociedades y dieron comienzo á sus aprestos bélicos.

El Gobierno andaba al acecho; mas no logró sorprender ninguna de las reuniones de los jóvenes que tenían lugar de tarde en tarde y en diferentes casas á fin de despistar á la Policía. Nombróse Presidente ó Jefe á Rafael A. García, uno de los más entusiastas y prestigiosos y de reconocido valor y aptitudes. Después ha sido acusado este patriota de traidor á la causa liberal; mas parece que tal acusación fué infundada. Entonces se mostró activo y decidido por el triunfo de las ideas perseguidas

por los jóvenes de la "Banca Tigre", contribuyendo con dinero, algunas armas y caballos, cuando hubo necesidad.

La fuerza de las circunstancias obligó á que, en aparente unión, trabajaran los dos partidos históricos, conservador y liberal, en bien de la Patria; y teniendo á la mano buenos elementos de acción, como eran los jóvenes, se propusieron apoyarlos en todo. Por otra parte, no se consideraban capaces de empuñar las armas y arrostrar los riesgos de los combates ni las penalidades de la campaña, de modo que no opusieron grandes dificultades á los proyectos de aquellos. Uno de los principales consistía en tomarse el cuartel de Ibarra, provisto de abundante material de guerra y poco guarnecido, según los datos suministrados por agentes especiales.

Los meetings, alborotos, prisiones, estaban á la orden del día. Había llegado á tal punto la exacerbación en todas las clases sociales que el Gobierno comenzó á tomar serias medidas. Oyase que todos los jóvenes de la "Banca Tigre" se hallaban en lista y que no tardarían en ser llevados al Panóptico. Una nota, firmada por casi todos y dirigida á muchos de los liberales ricos en demanda de dinero para salir á campaña, fué denunciada y puesta en manos del Dr. Cordenó, no sabemos por quién. Los jóvenes, impulsados por su fervor y el ardor de su hirviente sangre, pronta á correr en beneficio de los demás, resolvieron partir cuanto antes con dirección al Norte. Todos estaban listos: en un mes que llevaban de conspirar habían acopiado lo indispensable, esto es, armas, pertrechos y bagajes; y no aguardaban más que la voz del Jefe. El dinero recogido era poco; pero bastaba para los primeros gastos. Un connotado miembro de la Sociedad Liberal, quien después ha desempeñado puestos elevados y de confianza en la actual Administración y siempre gozando de pingües rentas provenientes de sus grandes propiedades, contestó á tres de los jóvenes enviados por el Club á solicitar su apoyo pecuniario.

— No tengo un centavo; pero voy á vender unas vaquitas de mi hacienda, y el producto pondré en manos del Agente que, como es natural, deban ustedes dejar aquí para que se entienda en el despacho de postas y demás.

Parece que no se efectuó la venta de las vaquitas y el Agente no recibió dinero.

Un día, mientras algunos de los jóvenes comprometidos, paseaban en el Portal de Salinas, acercóse un emisario del Jefe y díjoles:

— Esta noche, á caballo y armados, á las ocho sin falta, acudan todos al Ejido para dirigirnos al Norte. La señal de reunión serán tres agudos silbidos.

Bien que esperada, la noticia cayo como una bomba, produciendo una especie de estupor; mas no hubo vacilación, y cada cual se dirigió á su casa á hacer los correspondientes preparativos de marcha.

II

Acababa yo de ver morir á mi padre víctima de dolorosa y larga enfermedad. Mi hermano Roberto, además, hallábase preso en el Panóptico, después de haber soportado prisiones en extraños países, á insinuaciones de encarnizados é irreconciliables enemigos; y esperando de un momento á otro su sentencia de muerte, más probable si el Gobierno llegaba á saber mi participación en el movimiento revolucionario que se preparaba. Esta consideración no me hizo flaquear en el cumplimiento de mi compromiso; y oída la orden del Jefe, aprestéme á partir, no sin haberme provisto de un pequeño binóculo de teatro que desempeñó importante papel en los sucesos desarrollados más tarde, según se verá en el curso de esta narración, verídica é ingénuo hasta lo sumo.

III

A la hora fijada, en noche oscura y lloviosa, varias sombras, silenciosas como un sepulcro, cruzaban la extensa llanura del Ejido, atentas al menor ruido, esperando una señal. Oyéronse tres prolongados silbidos. Las sombras sin vacilación, dirigiéronse al sitio de donde habían partido. Allí encontraron un hombre á caballo. Era el Jefe, y las sombras, los jóvenes que acudían á su llamada. Mas no estaban todos: los presentes apenas llegaban á diez cuando se creía que lo menos sería treinta, puesto que los socios del Club ascendían á cincuenta. La idea de arrostrar desconocidos peligros y sacrificar la tranquilidad de sus hogares, influyó sin duda en el ánimo de algunos, acobardándoles en el momento preciso. Los que no faltaron á la cita, tenían también hogares, dejaban á sus madres bañadas en llanto, á las mujeres amadas en contorsiones desesperadas exhalando gritos de angustia, oponiéndose á la partida con todas sus fuerzas; mas no por eso desmayaron.

—Cuántos han venido? preguntó el Jefe.

—Nada más que nueve, se le contestó.

—Aguardemos, puede ser que luego vengan, todos son jóvenes pundonorosos y sólo uno que otro me inspira desconfianza. ¿Tienen sus armas y la correspondiente dotación?

—Sí; hemos traído además revólveres y un binóculo que no dejará de sernos útil.

—Claro, como que tenemos que ejecutar grandes hazañas dando batallas estupendas, semejantes á las de Bolívar ó Napoleón

Esto produjo risas y chistosas ocurrencias que no apuntamos por no cansar la paciencia de los lectores.

Una hora duró la parada en el Ejido. Comprendiendo al fin los jóvenes que sus compañeros no vendrían y que acaso tenía ya conocimiento el Gobierno de la salida, espolearon sus cabalgaduras y á trote largo se lanzaron en la carretera de Cotocollao, protegidos por las sombras de la noche. La frescura de ésta enfrió algún tanto sus inflamados cerebros; y de los hermosos proyectos concebidos, el afán de buscar combates y gloria, el deseo de sentirse abrumados por el peso de triunfales coronas y ensordecidos por las aclamaciones de júbilo de todo un pueblo, no quedó más que un vago sentimiento de melancolía y algo como duda del buen éxito. Silenciosos y tristes no atravesaban palabra, procurando siempre apresurar el paso de sus caballos, en previsión de ser perseguidos. De cuando en cuando brillaban lucecillas á través de los ponchos de los ginetes, tenue claridad que no bastaba á despejar las densas tinieblas en que iban envueltos. La idea de luchar por una causa tan justa como santa, hacía enmudecer la violencia de ciertos sentimientos de naturaleza más tierna, infundiendo vigor y afirmando sus propósitos; mas no por eso eran insensibles al dolor consiguiente á una separación cuyo término parecía tan distante.

Caminaron toda la noche. Ningún obstáculo detuvo su marcha. Cuando amaneció, el Jefe mandó hacer alto y reuniendo á todos, díjoles:

—Vamos á “Tupigachi” á ponernos bajo las órdenes del Coronel Ramón Aguirre, quien ha sido designado por las Sociedades quiteñas de ambos partidos, para que nos comande y dirija la toma del Cuartel de Ibarra. Están ustedes conformes?

—Sin duda, lo que ansiamos es la caída del Gobierno actual, no importa por qué medios.

—Bien. No esperaba de ustedes otra cosa. El Coronel Aguirre sabe ya nuestro viaje y esta tarde nos veremos con él. Probable es que mañana atacemos y tomemos Ibarra. Hay mucho entusiasmo y los jóvenes de allí están listos á acompañarnos. Sigamos adelante.

A la caída de la tarde llegamos á “Tupigachi” donde en efecto, éramos aguardados por el Coronel Aguirre y su hijo, quienes cordialmente nos acogieron á todos.

—Señores, dijo el Coronel Aguirre, me hallo ocupado en este momento con un joven, quien acaba de llegar de Ibarra y regresa

en seguida á comunicar á los patriotas de allá que ya están ustedes aquí. Asegúrame que es muy posible la toma del cuartel: un sargento y varios soldados, comprometidos por él, ofrecen apoyar nuestro ataque, siempre que éste tenga lugar estando ellos en la guardia de prevención. El joven va encargado de darnos inmediato aviso cuando esto suceda y con algunos compañeros promete aguardarnos en el Ejido de la ciudad. En previsión de cualquier suceso, solicita armas; tienen ustedes revólveres?

— Sí, mi Coronel, respondieron los jóvenes.

— Háganme el favor de dármelos: luégo volverán donde ustedes.

— Tres ó cuatro entregaron sus revólveres — puesto que cargaban carabinas, — con la respectiva dotación. Y el dicho joven partió, asegurando que al día siguiente, cuando más tarde, comunicaría que todo estaba listo. No es por demás decir que se le dió una suma de dinero para gratificar al sargento y soldados.

(Continuará).



VERDADERO EVANGELIO DEL PUEBLO

POR

ALFONSO ESQUIRÓS

—
XV

Hay hombres que se llaman cristianos, porque ayunan como los discípulos de Juan. Los hay que se llaman cristianos, porque rezan largas oraciones como los judíos, imaginándose que á fuerza de ruegos han de sêr oídos. Los hay que se llaman cristianos, porque observan todas las prácticas religiosas, como hacían los escribas y príncipes de los sacerdotes. Los hay que se llaman cristianos, porque pasan las horas en el templo, como en otro tiempo los fariseos y los doctores de la ley; pero, os lo digo, en verdad: todos esos hombres mienten. Honran á los grandes y desprecian á los pequeños, y Jesús su maestro vino á ensalzar á los pequeñoos y á humillar á los grandes. Hacen distinción entre los hombaes, y Jesús su maestro, no la hizo. Blasonan de nobleza, y no van sino con sus semejantes, y Jesús su maestro, atacaba sin cesar á los fariseos que eran nobles, y se acompañaba solo con hombres del pueblo. Son duros para juzgar las debilidades de la clase desheredada; condenan en ella con una severidad excesiva la borrachera y la crápula, y Jesús, su maestro, ha querido, frecuentando los hombres del pueblo, pasar por uno y otro vicio. Tienen empedernido el corazón para la miseria de los pueblos, y Jesús, su maestro, viendo que la muchedumbre que le seguía carecía de pan, hizo un milagro para poder dárselo. Pasan su vida en largos banquetes; la pasan en el ocio, en el lujo, en la molicie, y á Jesús, su maestro, por tener apenas tiempo para comer á solas un poco de pan, tuvieron que decirle sus discípulos: "Venid á descansar en algún lugar retirado". Se avergüenzan de que haya en su familia quien trabaje y quien tenga una profesión, y Jesús, su maestro, era hijo de un artesano. Muchos de los que le oían, admirándose de su saber, decían: "¿Dónde ha aprendido él todo esto? ¿De dónde le ha venido esa sabiduría que le ha sido comunicada, y esas grandes maravillas que ejecutan sus manos? ¿No es el carpintero hijo de María, y her-

mano de Santiago, de José, de Judas y de Simón, y no están entre nosotros esas pobres muchachas, sus hermanas?" Esos que se llaman cristianos insultan, por fin, á sus hermanos confundiéndolos con el nombre de *canalla*, y Jesús, su maestro, les declara que cualquiera que llame á su hermano con una voz denigrante, quedará condenado.

No son, pues, cristianos todos esos hombres, y así por más que recen, por más que ayunen, no han de adelantar un paso. No es el que dice: ¡Señor! ¡Señor! el que entrará en el reino de Dios, sino el que cumple la voluntad del Eterno Padre que está en los cielos. La voluntad de Dios es que se verifiquen los grandes destinos de la humanidad, y los que se llaman cristianos no procuran más que oponerse á las revoluciones y á la marcha de los sucesos que deben favorecer el desarrollo de esos inevitables destinos. Quisieran esos hombres detener el movimiento del mundo por medio de un milagro; y están pidiendo sin cesar á Dios, como en otro tiempo los saduceos, que ponga una señal indeleble en el sol ó en la luna, es decir, en los astros soberanos de las sociedades; pero les será inmediatamente contestado: "Saben discernir las diferencias del aire, y no saben conocer el sello de los tiempos: esa raza malvada y adúltera necesita de un milagro, y no les será concedido". Y así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre de una ballena, el pueblo hijo de Dios, sólo después de tres días y tres noches de prueba, de lucha, de guerra civil, saldrá glorioso de las entrañas de la tierra.

XVI

Uno de los frutos de la venida de Cristo al mundo es la libertad. Jesús la impuso como un deber á sus discípulos: "Sed libres", *liberi estote*, les dijo. Vino á romper las cadenas de la tierra, y dijo de una manera terminante: "Si el hijo os pone en libertad, seréis verdaderamente libres". Y no habla aquí de esa independencia artificial de que se gloriaban los judíos, y de que blasonamos aun en estos tiempos; no hablaba de esa libertad ficticia, que no se apoya sino en palabras vagas, ni se manifiesta más que en la superficie; no hablaba de esa libertad mentida, que es en el fondo la esclavitud más real y degradante; hablaba de la libertad en su significación más extensa, de la libertad de hermanos que, reconociendo solamente un padre que es Dios, y no debiéndose nada entre sí, no están subordinados unos á otros. Una ilusión, un sueño parece esta libertad; pero el mismo Jesucristo nos ha dicho de quién nacerá, de quién será hija: nacerá y será hija de la ciencia. Conocer es ser libre, y por esto dijo el mismo Sal-

vador: "Conoceréis la verdad, y la verdad os libertará". La ignorancia es, por el contrario, la madre de la esclavitud, y por esto dijo también: "Cualquiera que caiga en pecado (y el pecado es aquí la ignorancia), será esclavo del pecado mismo". Así procuran ante todos los gobiernos para mantener la esclavitud apagar la luz, ó cuando menos monopolizarla en su provecho. Por esta razón, dirigiéndose Jesús á los jefes de los judíos, les dijo: "¡Desgraciados de vosotros, doctores de la ley, que os habéis apoderado de las llaves de la ciencia, y no habiendo penetrado en la casa de Dios no permitís su entrada á los que quieren ocuparla!" Hoy tendría aun lugar entre nosotros este severo cargo; hoy podría decir también Jesucristo: "¡Desgraciados de vosotros, doctores ignorantes y vanos, que ocupáis las cátedras de nuestras universidades: desgraciados de vosotros todos, que os apoderasteis de la llaves de la ciencia. No habéis entrado aun en la verdad, cuando ya cerráis las puertas á los espíritus que pretenden penetrar en élla".

Ha sido táctica general de todos los que han pretendido mantener en servidumbre al pueblo cerrarle todas las vías de la ciencias, monopolizando la enseñanza. Por eso Jesucristo reclamó ante todo en alta voz la libertad de enseñar, y la libertad de la palabra; por eso no temió por esa misma libertad, equivalente en nuestros días á la de la prensa, que no es más que la palabra escrita; por eso, temiendo que la censura podría cerrar un día la boca á sus discípulos revolucionarios: "Lo que os digo aquí en la sombra y en voz queda, dijo, predicadlo desde lo alto de los techos". Y para animarnos á ejercer esta libertad sagrada, nos anunció que se difundiría la luz por medio de la palabra y de la escritura, á pesar del velo con que se pretendiese encubrirla. "Nada, dijo, hay ahora secreto que no deba ser un día revelado". Así, no temáis, hermanos míos: subid á lo alto de vuestras casas, y predicad la libertad. Si se os prende, decid que es el gran tribuno el que os ha mandado hacerlo: si se os pregunta quién es ese tribuno, responded que es Jesús de Nazareth, el carpintero, á quien ha llamado el mundo *verbum Dei*, ó sea *palabra de Dios*.

(Continuará).



PEQUEÑAS NARRACIONES.

CARLOTA (I)

XII

Hubo un momento de verdadera confusión: mientras yo empujaba afuera á la detestable arpía, que, gruñendo y resistiéndose, forcejeaba por clavar en mis ojos sus uñas negras y endurecidas como las garras de una ave de presa, rodeaban tres ó cuatro monjas el lecho de la enferma, acudían tumultuosamente á prestar auxilio los convalecientes que vagaban por corredores y pasadizos, abrían los cortinajes de sus camas algunos enfermos curiosos, y salía con precipitación en busca del capellán de la casa un paje que desempeñaba también el honroso cargo de flebotomano.

Vuelta en sí de su desmayo, merced al cuidado de las buenas hermanas, Carlota se había medio sentado en cuclillas, y entreabierta la boca, dilatadas las narices, cubierta la frente con los mechones húmedos y sucios de su antes espléndida cabellera, examinaba la sala con ojos espantados, llena de terror y angustia.

— Qué ha sido, hijita? — la decía melosamente la madre Superiora. — Vamos! No se alborote así, pues se le van á rasgar las vendas. . . . ¡Dios mío! Si no me oye!

— Allí. . . .allí. . . .! — exclamaba la infeliz, con un lastimoso crujido de dientes. — Yo la ví. . . . Me puso el dedo encima. . . . un dedo largo y negro. . . . Y me habló. . . . ¿Qué me dijo? . . . Ah! me dijo ¡Adúltera! . . . y desapareció. . . . Allí. . . . ¡aallí!

Y señalaba el espacio, con ademanes de cabeza.

— ¡Desapareció! Visión! El enemigo malo! ¿Para qué ha venido? ¡Para llevarme! Oh! Por piedad! ¡Escóndanme! Defiéndanme!

— Ja! ja! ja! ¡Indigna! ¡Mil veces infame que mataste á mi pobre hermano! Grandísima! Toma!

Y un salivazo cayó sobre el rostro de la pecadora, que exhalando un segundo grito, se precipitó fuera de la cama, y detenida por quienes la asistían, cayó sin sentido á los pies de las monjas.

Era doña Delfina que, escapándose de mis manos, se había precipitado sobre su cuñada, abiértose campo en el grupo y proferido las anteriores palabras acompañadas del salivazo, todo en mucho menos tiempo del que empleo en referirlo.

(1) Véase la página 245.

— Salga usted de aquí, infame! — exclamé desesperado y arrastrando á la chillona vieja hacia la puerta. — Acaba usted de asesinar á esa pobre mujer. . . . ¡Canalla!

— Que se muera; que se muera y se la lleven los diablos! Eso. . . . eso! — aullaba la beata, pugnando por quedarse en la sala.

— Pero ¿qué significa todo esto? — me preguntó la Superiora, que había venido á plantarse en frente mío, con la cabeza erguida, fruncido el ceño y la mirada centelleante.

— Esto significa, madre — contesté con energía, — que esta mujer que tengo en mis manos acaba de matar á esa desdichada que yace ahí, sin vida ya, acaso. Esta mujer es cuñada de esotra gran pecadora, pero grandemente infortunada; y ha venido á insultarla en el umbral de la tumba, provocando en ella una terrible crisis nerviosa, en los momentos mismos en que la pobre me contaba, llorando, la historia de sus extravíos y penalidades, para desahogar su corazón enfermo más que su cuerpo.

— ¡Mentira! ¡mentira! — gritaba doña Delfina, mordiéndose los puños. — Este es un sinvergüenza, ella una perdida, yo. . . .

— ¡Silencio! — impuso la monja. — Salga usted inmediatamente, señora, antes que llame á la Policía. ¡Harto conozco yo sus mañas! Ea! Vivo, y largarse. . . .

— ¡Todo por hacer una obra de caridad! — refunfuñó la solterona. — La venía á traer mi perdón, y. ¡Dios mío! Sea todo por tu amor!

Y alzando los ojos al cielo con expresión beatífica, salió de la sala sollozando.

¡Bueno estaba el perdón de la implacable vieja! Carlota yacía inmóvil, sin conocimiento, lívida con una lividez verdosa que se ennegrecía en sus labios, nariz, y al rededor de los ojos. El movimiento, superior á sus fuerzas, al saltar desnuda del lecho, había abierto su herida, y ya aparecían manchas negras en las sábanas que la envolvían.

La crisis duró más de un cuarto de hora sin que fuesen suficientes á terminarla los esfuerzos y cuidados de las monjas. Al fin la herida abrió los ojos y paseó la mirada en derredor, como si quisiera reconocer el lugar donde se encontraba.

Aguardábamos con ansiedad su primera palabra, guardándonos muy bien de hacer el menor ruido.

— ¡Ay! ¡Un cura! un cura! — gritó de repente, pretendiendo levantarse de nuevo; y asida del hábito de una de las monjas, prosiguió febrilmente, con rapidez increíble: — Padre! tengo miedo. . . . ¡tengo miedo del Infierno! Veo los diablos; veo el fuego; veo las almas que se tuestan, allá, abajo; y oigo sus gritos que me llaman; siento que me tiran del brazo, que me empujan,

que me increpan ¡Maldición! Ahí está doña Delfina! No; no quiero irme al infierno al infierno donde ella está riéndose á carcajadas, poniendo sobre mis ojos un dedo más largo, más negro que toda la eternidad. ¡Oculítenme! Padre! ¡La absolución!

Y en medio de su espantoso delirio se hería el pecho con entrambos puños, acusándose á gritos; pidiendo misericordia á Dios, poseída de un inmenso terror

Las monjas callaban atemorizadas; y algunas pasaban silenciosamente entre los dedos las cuentas de sus rosarios.

— Vino el Capellán? — preguntó á media voz la Superiora.

— Todavía no, — contestó un convaleciente.

— Pues que le envíen otro recado. ¡Volando!

A cuatro pasos de distancia, contemplaba yo la desgarradora escena, con el corazón despedazado de dolor.

Vino el médico, levantó las sábanas teñidas en sangre, examinó la herida, mandó por un confortativo, y dijo en voz alta á las hermanas:

— Dos horas. La excitación nerviosa la ha perdido. Que venga el Capellán.

Y se marchó.

Carlota, después de diez minutos de excitación, había entrado, por una reacción natural, en un estado de somnolencia agitada. Débiles quejidos salían de sus labios, y manaba la sangre de su herida que envano lavaban y restañaban las monjas.

De pronto prorrumpió en llanto: eran sollozos convulsivos, gemidos entrecortados, ayes prolongados, capaces de conmover á cualquiera. Sus mejillas se empaparon en lágrimas que fluyendo de sus ojos gota á gota iban á terminar en los labios: Carlota se las sorbía, y hubiérase dicho que eran ellas reactivo poderoso para esa naturaleza próxima á quebrantarse, pues á medida que corrían, la enferma se tranquilizaba.

— Madre! — dijo en voz tan baja que parecía un soplo: — verdaderamente quiero confesarme. Soy una gran pecadora; pero Dios no ha de permitir que una alma arrepentida se condene. ¿No es verdad, madre?

— Sí, mi buena hijita. Dios es grande, es bueno y piadoso; y á su seno te irás dentro de poco á gozar de la eterna bienaventuranza.

— De modo que me voy á morir, madre?

La monja guardó silencio.

— Ah, — prosiguió con amargura. — Morir es nada; ya era hora, después de tantos sufrimientos y tantas abominaciones; pero morir así! morir aquí! ¡sin nadie! ¡sin nadie!! Madre mía! Desgraciados hijitos míos!

Y otra vez le acometió un flujo de llanto desconsolado. Llo-

raba dando cierta entonación á sus lamentos, quejándose en una especie de melopea triste y monótona, juntando las manos, con los ojos clavados en lo alto.

— Esta mujer tiene padres, hijos, parientes? — me preguntó en voz baja la Superiora. — Yo la contesté con un signo negativo de cabeza.

— Pero qué se hizo Juan? Pero dónde está Juan? — dijo de pronto la moribunda. — ¿También él se ha ido?

— Señor, llama á Ud.

Me acerqué al lecho:

— ¡Carlota? — la dije: — ¿me conoces aún? Aquí me tienes, pobre alma desventurada.

— Oyéme: acércate bien. ¿Sabes? Voy á morir....

— ¡Aprensiones!

— ¡Te digo que sí! No me engañes. Has sido bueno conmigo y voy á hacerte el último encargo. Ves este medalloncito que tengo en el cuello? Sácamelo.... ¡Gracias!.... Contiene un mechón de pelos de mi pobre Adelita. Cuando yo muera, envíalo á Cuenca, á mi hermana Aurelia. Y ahora, ¡adiós! Dame un beso en la frente cuando ya no viva, y perdóname. Mucho hemos pecado; pero el Señor es bueno: arrepíentete también tú. Adiós, Juan! Déjame. Debo pensar en Dios....

Y sus labios murmuraban una plegaria.

Me alejé, conmovido, algunos pasos y ocultéme tras de un lecho próximo, para contemplar el fin.

— ¡Señor! ¡Pequé! decía en voz alta la moribunda, — Piedad! conmisericordia para esta alma desventurada! He cometido todos los crímenes, apurado todas las infamias; pero tú eres misericordioso! ¡Virgen Santísima, favoréceme, sálvame, no permitas que me condene!

Las monjas estaban maravilladas, edificadas, con esa compunción tan profunda y sincera, y dos ó tres, arrodilladas al pie de la cama, rezaban las oraciones de los moribundos.

— ¡El capellán!

A esta voz se produjo un movimiento en el fúnebre lugar que he descrito. Pusiéronse de pie las hermanas y se apartaron del lecho, haciendo espacio al sacerdote á la cabecera de la enferma, que iba muriéndose por instantes.

Presentóse, al fin, el esperado capellán, precedido de la madre Superiora, que le decía algo al oído vivamente.

Era un clérigo alto, delgado, esbelto, que vestía una ligera sotana de seda y una esclavina con una anchísima cinta colgante, que figuraba el manteo. Un cinturón, de seda igualmente, y con elegante flecadura, ceñía sus riñones, y lucía al pecho una preciosa cadena de acero, probablemente la leontina del reloj.

No le ví el rostro. Las pútridas emanaciones de la enfermería le habían obligado al lujoso capellán á ocultarlo en un gran pañuelo perfumado en el que se perdían sus narices, boca y parte de las mejillas.

Acercóse el tal al grupo de las monjas, y dijo con voz nasal:

— ¿Dónde?

— Aquí, señor doctor.

— Bueno. Háganme el favor de retirarse.

Y se dejó caer con cuidado en una silla al efecto preparada; é inclinándose sobre el borde de la cama, preguntó con el mismo gangueo:

— Hija mía, ¿estás dispuesta á arreglar tus cuentas con Dios?

— Sí, padre.

— Tienes verdadero arrepentimiento de tus culpas?

— Sí, padre; y tengo un miedo horrible del infierno, porque nadie como yo es á él acreedor. . . . porque. . . .

— Deshecha, criatura, esos terrores; y ten fe en la grande misericordia del Altísimo que envió su Hijo divino para que con su sangre redimiese los pecados de los hombres.

— Padre. . . . No puedo: tengo una congoja. . . . una angustia atroz. . . .

— Vamos! Valor, hija mía; y acúsate. Reza el Yo pecador. “Yo pecador me confieso á Dios Todopoderoso, á la Bienaventurada. . . .”

No oí más.

El sacerdote, cubriéndose más el rostro con el pañuelo impregnado de escencias olorosas, acercó el oído á la boca de Carlota, y así se estuvo cosa de cinco minutos.

De improviso víle incorporarse bruscamente en su asiento, dejar caer el pañuelo sobre las rodillas y clavar los ojos azorados en el rostro de la enferma, procurando reconocerla.

Esta quedóse un momento confusa y sorprendida, y casi inmediatamente exhaló un grito de angustia y de maldición.

— Ah! ¡Román!

Y hacía esfuerzos por arrebujaarse dentro de las sábanas.

El sacerdote se puso de pié, y echó una rápida ojeada al rededor.

Yo me acerqué unos cuatro pasos.

— ¿Quién eres?—balbuceó el clérigo.

— Yo, yo misma, exclamó la enferma.—No me conoces? ¡Soy Carlota!

— Y levantando la voz cuanto pudo, gritó:—Socorro! socorro! ¡El demonio!

Dos monjas se precipitaron á la cama para detenerla; pero ya era tarde: sentada, con los brazos extendidos, la mirada terrible

con la fuerza postrera, con la gota última del aceite de la vida; se había vuelto al clérigo que permanecía clavado á un paso de élla — ¡Carlota! Soy Carlota! Oyes, infame? Por tu culpa! ...por tu culpa estoy aquí! —Ah, madres—continuó, variando el tono de la voz,—librenme de este monstruo.... Pronto.... Ah! Estoy condenada!.... Ven ustedes? Esta es la sacristía; allí había un cofre grande; más allá un confesonario.... Yo no quise; me abracé á las rodillas del Santo Cristo; y él, él me cojía de la cintura, y me arrastraba por ese terrible cuarto. Era de noche.... Ah! Delfina....! El presbiterio!.... La lámpara del Santísimo que alumbraba esa iniquidad!....

“Que yo me confiese? No! Mil veces no! Me voy á los infiernos, á los quintos infiernos.—¿lo oyen?—No me mortifiquen; pero que también vaya él, el clérigo infame.... ¡Quiero que vengán los diablos y me lleven! Oh! Maldito! Maldito,.... ¡Maldito!.....

Y cayó con los brazos tendidos y rígidos, amoratados los labios, las pupilas casi fuera de las órbitas, en brazos del confesor, que no era otro que el mismo doctor Román íntimamente ligado con el más triste episodio de la vida de Carlota.

—Loca....loca.... —murmuraba el Capellán en la mayor de las confusiones.

Y al desasirse bruscamente de los brazos que le herían el cuello, cayó Carlota sobre el lecho, empapada en sangre, rígida con una expresión de odio inextinguible en su descompuesto semblante. Estaba muerta.

MANUEL J. CALLE.

FIN.



LA SEMANA.

Sumario: — Cinco de Junio.

El altivo y viril pueblo de Guayaquil, indignado por las sangrientas ofensas inferidas por el Gobierno del 95, quien no era otra cosa que ejecutor inconsciente de las disposiciones del mil veces maldito Caamaño, en fecha igual á ésta, ahora tres años, se levantó armado y obligó á dimitir cobardemente á las autoridades civiles y militares de entonces, dando comienzo á una era de libertad y engrandecimiento para el país. Al conmemorar esta fecha tan gloriosa, con qué entusiasmo saludamos á Guayaquil, el primero siempre que se ha tratado de sacrificios y luchas en pro del partido radical!

Acaso haya pocos ecuatorianos que no tengan conocimiento del acta de pronunciamiento firmada por cosa de diez y seis mil ciudadanos, en la ciudad de Guayaquil, tan luego como el pueblo acudió á los cuarteles y se hizo dueño de la situación. Con todo, no queremos dejar pasar la oportunidad de que la "Revista" adorne y honre sus columnas con un documento tan importante que puede servir de ejemplo y estímulo á las futuras generaciones.

El documento es éste:

ACTA DE PRONUNCIAMIENTO DE GUAYAQUIL

En la ciudad de Guayaquil, y á cinco de Junio de mil ochocientos noventa y cinco, congregado el pueblo en Comicio Público, para deliberar acerca de la situación actual,

CONSIDERANDO:

1.º Que es necesario organizar un Gobierno que sea fiel intérprete del sentimiento general, claramente expresado por los Patriotas, que en la Prensa, en los campos de batalla, en las manifestaciones populares, y en el seno del hogar, hán trabajado por la reivindicación de la Honra Nacional, ultrajada por un Gobierno traidor á la Patria.

2.º Que las ideas liberales, son las que están más en armonía con la civilización y el progreso modernos, y que son ellas las llamadas á hacer la felicidad de la República, la cual ha estado sojuzgada por una camarilla sombría, de especuladores inicuos,

RESUELVE:

1º Desconocer la Constitución de 1883, y el Gobierno presidido por el Sr. Vicente Lucio Salazar;

2º Nombrar para Jefe Supremo de la República y General en Jefe del Ejército, al benemérito General Sr. D. Eloy Alfaro, quien con su patriotismo y abnegación sin límites, ha sido el alma del movimiento popular que ha derrocado la inicua oligarquía, que durante largos años se impuso por la fuerza, sumiendo al país en un abismo de desgracias;

3º Conceder amplias facultades al expresado General Alfaro, para que la reconstitución del país se levante sobre bases sólidas, que ofrezcan garantías de Paz y Libertad á todos los ciudadanos, á fin de que florezcan las Artes y las Industrias, la Agricultura y el Comercio;

4º Pedir la convocatoria de una Convención Nacional, que reconstituya el País y juzgue y castigue á los culpables de traición á la Patria; y

5º Reconocer la autoridad popular interina, que ejerce el patriota Sr. D. Ignacio Robles, Jefe Superior Civil y Militar de la provincia del Guayas, á quien se le concede toda la suma de facultades necesarias al desempeño de su cargo.

En Quito, para celebrar dignamente el recuerdo de la fecha en que tuvo lugar la transformación política que dió por resultado el advenimiento del partido radical al poder, ordenó el Gobierno los festejos de siempre: paseo militar, retretas, fuegos artificiales, etc., etc. Pero hemos notado que las disposiciones superiores no han sido obedecidas como se debe, por ciertos jefes, cuyas pretensiones é ínfulas exceden á sus grados militares. Somos simples reviseros y apuntamos lo que nos ha chocado. Parece que el Gobierno mandó, por órgano regular, asistieran á la formación los cuerpos de plaza bajo los inmediatas órdenes de sus primeros Jefes, quienes, á su vez, debían obedecer, durante la parada militar, las del Coronel D. Antonio Lara H., primer Jefe de la Brigada de Artillería. Por causas que ignoramos, provenientes acaso de soberbia, dos Jofes muy notables del Ejército, no se dignaron asistir á la parada indicada, burlándose de las órdenes superiores y dando malísimo ejemplo á sus inferiores. Esto debe ser tomado en cuenta por el Gobierno y severamente castigados.

Hablemos claro: el Coronel Lara, Jefe tan modesto como valiente, tan pundonoroso como leal, no tiene más que el grado, y los Jefes de quienes hemos hecho mención, poseen la efectividad. La gerarquía es la misma; y por tanto igual derecho tienen unos y otros, cuando se trata de un mando honorífico. Lo sucedido el día 5 de Junio puede dar lugar á que se desmoralice el Ejército y al Gobierno le corresponde remediar tamaño mal.

Basta.

BENVENUTO.